

DE LOS MEDIOS

DE PRECAVER LAS REVOLUCIONES.

Uno de los mas funestos errores que las revoluciones propagan, es el de imaginar, que para precaverlas, es menester sumergir a los hombres en la esclavitud. Los escesos producidos por la doctrina de los derechos impelen a los pueblos hacia las desgracias que causa la doctrina de la opresion; y he aqui una nueva prueba de que los progresos de la civilizacion, deben dimanar de operaciones pacificas, y que los esfuerzos para sustituir la revolucion del tiempo con las de los hombres, son fecundos en desastres.

En dictamen de algunos espíritus, los unicos medios eficaces para precaverse de disturbios politicos, son dar

la mayor intensidad al poder, y reducir los hombres a un estado de ignorancia que los haga pobres, debiles y por consiguiente poco temibles.

Los que reusan al poder la fuerza necesaria para existir con tranquilidad, conocen poquisimo el interes general y se engañan estrañamente sobre el arte de constituir un Estado. Todo gobierno inquieto sobre su existencia es receloso; le atemoriza el uso mas lejítimo de la libertad; emplea la astucia, recurre al fraude y aspira a lo arbitrario como unico medio de su conservacion. Es preciso que un gobierno sea fuerte para que el Estado sea feliz y libre; pero la fuerza no se da a los gobiernos sino por el interes de todos: se les da para que presenten el ejemplo del desempeño de las obligaciones, y no para que pongan en practica la doctrina de la opresion. Pues bien, esto ultimo es el resultado de la union de la mayor intensidad del poder y de la ignorancia de los pueblos. No es imposible realizar esta union en los mas de los paises de Europa, y mantener por un espacio de tiempo mas o menos considerable el fatal estado de cosas que de ello resultaria. Es preciso confesar, aunque sea con vergüenza, que se ignora cual es el termino del envilecimiento a que puede bajar el hombre. Por dos veces se ha visto la Francia proxima a retrogradar en la civilizacion, esto es, en la epoca en que el fanatismo politico hacia correr arroyos de sangre en las plazas publicas, y cuando se le arrancaban sus hijos para enviarlos a perecer asolando la Europa. Ha padecido dos especies de tirania, y podria seguirse a ellas una tercera. Se experimentan estos terribles azotes sin que sean numerosos los malvados. Aun en los tiempos mas horrorosos no se veia mas que un corto numero de seres perversos; pero se veia una infinidad de cobardes. Pocos hombres cometen delitos; pero muchos dejan que se cometan. Mientras que la doctrina de las obligaciones no haya penetrado a las almas, la tirania hallará con fa-

cilidad ajentes, y se desembarazará sin trabajo de los que se le opongan.

La intensidad del poder y la ignorancia de los pueblos ni proporciona sosiego ni prosperidad a los Imperios. Los Estados en que se halla bien establecida semejante union, como en los gobiernos asiaticos, son cabalmente los mas atormentados de revoluciones. ¡Gobiernos acia-gos, en que la rebellion es la unica via de reclamar; en que lo arbitrario corresponde a lo arbitrario, y el poder de la soga está limitado por el poder del sable! Al ver los furores que se apoderan de los esclavos, luego que hallan un momento para sacudir el yugo, se conoce que el hombre tiene un resorte de libertad: si el no está prudente y constantemente espedito en todo el tiempo de la vida, desarrolla toda su accion durante algunas horas, y causa horribles estragos.

Pero supongamos que el embrutecer o esclavizar a los hombres sea un medio para hacerlos vivir en paz; ¿qué gentes de honor no buscaran otros medios? Desconocen o quebrantan su primera obligacion aquellos que ejerciendo la opresion en un puesto elevado, miran tambien la ignorancia de los pueblos como un acertado medio de conducirlos.

Aogando la inteligencia se destruye o se hace decaer la industria. La clase numerosa está destinada a proporcionarse por medio del trabajo un copioso sustento, comodidades vestidas y una sana habitacion. El gobierno que le priva de estos beneficios, ya negandole la conducente instruccion, ya no dejandole la libertad necesaria, se opone a las miras de la Providencia, y aleja a los hombres de las inocentes satisfacciones de que ellos gozarian bajo unas justas leyes.

La miseria no es solamente una privacion de goces, sino que tambien engendra enfermedades, y hace mas frecuentes y terribles los contagios. Un alimento maligno o muy escaso abrevia la vida de una infinidad de individuos.

El aspirar a fundar la paz de los Estados sobre la brutalidad de los pueblos es emplear un medio inicuo reprehensible ante Dios y los hombres. Semejante medio no puede menos de producir calamidades. Supongamos que el sea capaz de diferir las revoluciones en ciertas circunstancias : tan lejos de precaverlas para siempre debe hacerlas mas terribles en algún dia; y se asemeja a aquellos remedios que impiden los dolores, y causan despues otros mas agudos. Para afianzar el descanso de las naciones, busquemos medios mas seguros; busquemoslos en una doctrina diferente de la de la opresion.

La doctrina de las obligaciones infunde el temor a las revoluciones, y el deseo de las mejoras sucesivas. Para que se difunda esta doctrina, importa que la pongan en practica los gefes de los Estados. Les es natural el temor de las revoluciones y no menos necesario el deseo de las mejoras sucesivas.

Los gefes de las naciones necesitan de luces y firmeza. De luces para seguir las revoluciones del tiempo : de firmeza para oponerse a las de los hombres.

La situacion a que estamos reducidos cuando ya no tenemos mas medio para evitar una revolucion, que efectuar por nosotros mismos una gran mudanza politica, es siempre un peligroso estado. Nos vemos colocados en el por nuestra falta, sea que reusando reconocer u olvidando las urgencias de la sociedad, hayamos incitado los pueblos a la rebelion, sea que habiendonos dejado arrancar por debilidad algunas imprudentes conexiones hayamos enseñado a los facciosos el arte de burlarse de la autoridad.

El mas sabio y seguro medio de precaver las revoluciones de los hombres, es la de apreciar bien la del tiempo, y acordar lo que ella exige, y acordarlo no como soberano que cede, sino como soberano que prescribe. La habilidad de los que dirijen un Estado consiste principalmente en conocer las necesidades nacidas del grado de civiliza-

ción a que han llegado los hombres. Puede conjeturarse que los pueblos llegaran en mas o menos remota epoca a la libertad política. Los gefes de las naciones tan lejos de atemorizarse con semejante pensamiento, deben apetecer que sus subditos merezcan cuanto antes esta libertad. Perderan en ello sin duda algo de aquel falso y perjudicial poder que se llama arbitrario, pero ganaran en poder efectivo. Está bien comprobado que algunas asambleas de representantes obtienen en los tiempos criticos alistamientos de hombres, y contribuciones que el mas audaz ministro del poder absoluto no se atreveria a pedir. Los reyes penetrados de la santidad de su ministerio, los que se forman un cabal concepto de la tremenda cuenta que tendran que dar en la otra parte del sepulcro, deben aspirar a ver dignas de la libertad política a sus naciones, como quien aspira a disminuir el peso de una responsabilidad de que se atemoriza la conciencia. Cuando los pueblos tienen representantes, les es menos dificultoso a los principes el instruirse de la verdad; y la libre discusion de los proyectos políticos les proporciona la mejor seguridad de haber hecho cuanto dependia de ellos para gobernar en beneficio del interes comun.

Mas para observar y seguir el curso de la civilizacion importa no solamente que se refrene a los facciosos, sino tambien que una sabia doctrina destierre de los espíritus los proyectos quimericos y falaces desvarios; que arroje de las almas los turbulentos deseos que las hacen pasar con menosprecio cerca del bien para ir a seguir con ardor una imaginaria mejora. Tenemos muchos espíritus juveniles que no conocen los peligros de su eferescencia, a los cuales es necesario repetirles incesantemente: *No puede arraigarse y crecer el bien sino con lentitud.* Es una ley de la naturaleza. El que menosprecia la moderacion desecha la justicia. Pero no podemos persuadirnos de que la precipitacion es causa de que se

malogren los proyectos mas utiles. Nos avergonzariamos de vacilar y reflexionar, y mas queremos arriesgar los intereses mas queridos que parecer temerosos de un peligro. ¡Ah! quiza experimentaríamos alguna vergüenza, si supieramos con que ojos contempla el hombre sensato tanta impaciencia y sin razon.

Desterremos mas especialmente el error de que una forma de gobierno es un talisman a que va vinculada la prosperidad de los imperios. Sustituyamos esta falsa idea con la verdad de que se mejora la suerte de los hombres propagando la moral y la industria.
